

FRANCISCO  
AGÜERO  
ESTRADA

EL SOLITARIO

BIOGRAFIA  
DE  
JOAQUIN  
DE  
AGÜERO



PUBLICADA POR

EMILIA BERNAL

Francisco Agüero y Estrada  
(El Solitario)

Biografía de Joaquín de Agüero

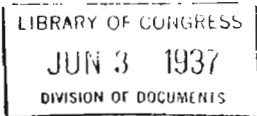
Anotada y publicada  
por

Emilia Bernal

1935  
MOLINA y Cía.  
IMPRESORES  
Riela 55-57  
HABANA

F 1783  
A 27

*Surge esta obra auspiciada por la "Revista Bimestre  
Cubana" y la Sociedad Económica de Amigos del  
País de la Habana, a quienes el publicista da las  
gracias en nombre de la patria.*



FRANCISCO AGÜERO Y ESTRADA

(Cortesía de la revista "Bohemia".)

## A SANTA MARIA

A Santa María, la clara ciudad,  
la rica de oros que bajan del cielo,  
elevo esta copla, que va al terciopelo  
azul de su cielo y su claridad.

¡Oh Santa María, la sola ciudad,  
tocada de torres que van por el suelo,  
enderezo el ala de mi desconsuelo  
cantando loores a su soledad.

¡Oh Santa María! La Reina del cielo  
se va por las nubes, risueña beldad,  
vestida de blanco, velada en un velo,

y tú, por la tierra pascas de duelo  
metida en el manto de tu majestad,  
¡Oh Santa María, la Reina del suelo!

Santa María del Puerto del Príncipe, Mayo 27 de 1934.

Conferencia leída en el Círculo Deportivo de Camagüey la noche del 26 de marzo de 1934, precedida por unas palabras exaltatorias del lector, y anotada luego por el mismo, para su publicación.

## AL LECTOR

Habiendo ocurrido, según llegó a mi noticia, que en los exámenes de admisión de cierto establecimiento de segunda enseñanza de esta ciudad, un profesor preguntó al alumnado sobre el acontecimiento de Joaquín de Agüero y resultando que la casi totalidad de él ignoraba lo preguntado: unos llamaban a los catedráticos pasantes y con gran desazón e ingenuidad les interrogaban sobre el hecho, otros respondieron mal y los últimos, en fin, contestaron que no podían decir nada porque *ese señor había hecho tan poco...* como que es un deber de los que aman la cultura y el pasado glorioso de su tierra, levantar del olvido hechos tales en las generaciones que han tenido la desdicha de dejarlos caer en él, me propuse, al instante, hacer una lectura sobre nuestro mártir camagüeyano del 51.

Nada más apropiado me pareció, pues, que leer la biografía de éste, escrita en Nueva York en 1853, y publicada en el periódico *La Verdad*, de aquella metrópoli, por su autor, *El Solitario*, la cual, guardada cuidadosamente, religiosamente, en ruinoso copia manuscrita en el *Museo Histórico* de esta ciudad, a la sazón había sido puesta en mis manos por su fundadora y conservadora, la señorita Mariana Betancourt Garay.

La lectura de la biografía de Joaquín de Agüero fué realizada, bien que con muy poco éxito a los fines que me proponía, pues el público que acudió a oírla fué muy escaso, y la gente que se llama tradicional en mi tierra no concurrió en absoluto, debido seguramente a que el acto no se verificó en un centro aristocrático. Huelgan comentarios de mi parte...

Ahora, con el mismo objeto que hice la lectura, imprimo la biografía de Joaquín de Agüero y la doy a la publicidad.

Camagüey, 1934.

EMILIA BERNAL.

Señoras y señores:

No es ley esotérica que todo lo que viene de la vida, vida es, y que su desenvolvimiento y manifestaciones están sujetos a sus leyes generales. Así, nacer, perdurar, transformarse o morir. ¡Morir o transformarse! He aquí el dilema trágico de mi tierra natal.

Cuando los pueblos olvidan sus dioses lares y penates, sus dioses lares y penates les olvidan. Lo que se expresa mejor en esta frase: ¡Los genios vuelven la espalda a sus especies!

Plaza que debiera llamarse de la Avellaneda y que Camagüey, con inercia acusable y bochornosa, ha dejado convertir en zoco marroquí. Ya podeis olvidaros del nombre de Tula. Ya podeis llamarla para siempre zocodover.

Ríos cantados por ocho generaciones de camagüeyanos trovadores, por nuestros novecentistas ilustres, con un acento tan sensual y acariciador, convertidos en desagüe de cloacas cabe la ciudad, en pudridero de todo lo exonerable de la urbe. Los mosquitos que nacen en tus fuentes pestíferas nublan el aire de la ciudad entera.

Pueblo muladar y basurero, donde en cada calle estrecha o callejón hace almiares con la deyección urbana. Pueblo donde a los cuatro puntos cardinales, sin excepción, corren las acequias por los surcos de las calles, llevando en su agua de cocina, con los detritus de ella, toda casta de gérmenes dañinos.

Calles paseo de ratas enormes que muertas luego entre los caños infectan el aire familiar, o que eventradas en el medio de la

vía por los vehículos transeuntes, enseñan sus vísceras sangrientas al pobre peatón.

Sólo de luego en luego alguna calle extramuro ofrece en un chareo pútrido su flora de lirios morados. Morado, el color de las mujeres ya estériles, de los hombres monacales y de todo lo que ha perdido la fertilidad, simbolizando la absorción creadora de este hogar que fué avanzada del progreso cubano.

Pueblo que abandona en menos que en desván de a veinte y cinco céntimos, en un embudo sin salida, lo que debiera estar en estuche de filigrana y pedrería: nuestro Museo Histórico Regional.

Pueblo cuya generación flamante ignora sus héroes y sus mártires, que no sabe quien es Joaquín Agüero y que si lo sabe dice: *¡Pero, no podemos hablar de él porque no hizo nada ese señor...!*

Pueblo que durante tantos de nuestros períodos congresistas no ha ostentado en Senado o Cámara una representación propia, sino de forasteros, cubanos sí, y valiosos también, algunas veces, pero hombres extraños, que han venido, huérfanos de popularidad acaso, y de poder quizá, huérfanos de esperanza de triunfo electoral en sus pueblos de origen, a acogerse en su orfandad de tantas cosas, bajo el ala de un partido político que les ofrezca las actas representativas de nuestra región para representarla tan vaciamente. Vacía, porque sin amor y sin interés por nuestra provincia y ciudad magna de Camagüey, la han abandonado a su lamentable incuria, sin obtener para ella ninguna de las ventajas, progresos y honores de que disfruta, preteriéndola, cualesquiera otra región cubana.

Pueblo que ni para su propia cabeza tiene, alguna vez, un hijo suyo más o menos ilustre, más o menos capacitado que designar, o si lo tiene no lo mira, y por triquiñuelas de barrio, añagazas de partido, politiquería perniciosa o trampa electoral, lleva a su alcaldía forasteros, como aquel, horro de tradición, hecho hombre público y de pro al amparo de la indulgencia camagüeyana, que al señorear en el poder se convierte en cabo de vara y expolia al amparo de la ley a los leprosos de San Lázaro, a pesar de las súplicas del Padre Valencia. Y que con audacia punible, irreverencia plebea, desprecio insultante, acomete contra nuestro mito poético derribando las cuatro palmas del parque de Agramonte, recuerdo inmarcesible de aquella cuadría de vencedores del 51.

Pueblo que se queda quieto, pueblo que vive así, pueblo que no se defiende, no es pueblo. Es cosa muerta. Y, camagüey *de-lenda est!*

¿Dónde está, pues, el Camagüey aquel de que, como Cervantes de Barcelona en el Persiles, dijo el gran Montoro: “¡Ciudad santa de nuestra patria; avanzada del espíritu cubano; defensora y mártir de todas sus decisiones; enérgica preceptora del porvenir; depósito del espíritu patrio inviolable y puro; libre por la altivez del carácter; libre por su culto incondicional a la justicia; libre por su soberano desprecio a la tiranía!” ¿Dónde, con estos sus apastados ríos, quién reconoce aquel Camagüey que cantaba *El Lugareño*: “La ciudad de Puerto Príncipe, aislada entre el Tíntima y el Jatibojico, parece caída del cielo, porque no se descubre en la tierra la huella por donde se pasase para edificarla aquí. Es un eslabón separado de los demás pueblos que la circundan. Todavía toca el viajero la margen de aquellos ríos sin que sospechar pueda que entre sus confluencias existe una ciudad, porque todo le llamará la atención, las silvares clavellinas que se mecen y besan sus aguas, y las lianas y campanillas que trepan sus árboles y sirven de nido al arisco e indómito tocororo”.

¿Dónde está, pues, el Camagüey legendario de los cronicones, que decían: “En los primeros tiempos de la civilización fué la Isla de Cuba una inmensa hacienda de crianza, en épocas más recientes se realizó el cultivo del tabaco y se importaron el café y la caña y mientras las Cinco Villas, Oriente y Vuelta Abajo se cubrieron de ingenios, cafetales y vegas, el departamento del centro más conocido por su nombre indio de Camagüey, continuó siendo el gran potrero en que se abastecían todos los mercados de la isla. Región de vastísimas llanuras regadas por numerosos ríos y riachuelos, socavada por innúmeros manantiales, casi a flor de tierra, el Camagüey parecía preparado por la naturaleza para la crianza pecuaria. El exclusivismo de esta industria, practicada en la forma de los primitivos pueblos pastores, hasta principios de este siglo, contribuyó a aislar esta comarca de las demás circunvecinas. Permaneció estacionaria encerrada en sus fronteras, sin vínculos con el extranjero o con el vecino, conservando el carácter de

los primeros colonos castellanos. Los parientes se unían entre sí como en los remotos días de sus fundadores, y esto con tal regularidad, que todavía en 1868 podía reconstruirse el árbol genealógico de casi todos los hijos del Camagüey, yendo a parar en su raíz y tronco a los famosos y opulentos compañeros del Adelantado Diego de Velázquez de Cuéllar y del conquistador Hernando de Soto. Gracias a esta costumbre patriarcal adquirió un tipo particular, con rasgos distintos, dentro del tipo general de la familia cubana. La cría del ganado daba empleo a pocos hombres y de aquí el escaso número de esclavos que hubo siempre en Camagüey, y que siendo las faenas menos rudas, aunque más en armonía con los hábitos del hombre salvaje, el amo fué menos y el esclavo menos cosa...

¿Dónde, aquella tierra que produjo siempre los primeros entre los primeros? Los primeros mártires, Agüero y Sánchez y Joaquín de Agüero; los primeros hombres civiles, Gaspar Betancourt Cisneros, Calixto Bernal y Soto, Francisco Agüero y Estrada; los primeros hombres de letras, la Avellaneda única, los primeros hombre de guerra, Ignacio Agramonte y Augusto Arango; y ya últimos vástagos de tan ilustre estirpe, Aurelia Castillo, y al primero, no entre los primeros, porque él fué solo, símbolo de una tierra ya acabada que se transforma en pensamiento y se convierte en hombre, al filósofo Enrique José.

Agüero y Sánchez, que epónimos y soñadores, con el fardo de su idealismo a cuestas, van de peregrinos revolucionarios por tierras y por mares, hasta dar con el *Capitán del Siglo* que los azuza a la rebelión y que con el entusiasmo de los rompedores de yugos arriban a la patria donde les espera muerte vil, ganando la inmortalidad en los suyos, la inmortalidad más perfumada de espíritu: el recuerdo. El recuerdo que a mí, como a todos, me los representa en su martirio. Yo no puedo por menos que ver y sentir cuando finco paso a través de nuestra mutilada Plaza Mayor, como cuelgan de la horca donde fueron, inmolados, sobre sus hombros nobles que ambicionaban el peso de la coyunda patria, sólo porque imaginaban tener fuerza en ellos para hacerla saltar astillada en millones de briznas, otro peso, el del verdugo que pateaba sobre sus pechos para astillarles en mil quejidos de agonía el corazón.

Joaquín, el hombre aquel de quien se cuenta: (1) "Era un joven que bien hubiera podido servir para mostrar la viril apostura de un hijo del trópico. De su espaciosa y morena frente coronada de negra y ensortijada cabellera, destacaba una aguileña nariz; espeso bigote y ancha pera permitían ver sus labios agraciados, nunca conmovidos ni por la risa ni por la cólera. La expresión de aquel semblante se concentraba en los ojos grandes, velados por largas pestañas, negras como azabache, y a través de las cuales irradiaban las pupilas su penetrante luz, revelando el conjunto de su rostro la nobleza de su alma, la elevación de sus ideas y un fondo de amargura y desencanto que a la vez que inspiraba simpatía infundía respeto a todo el que lo trataba". Ese Joaquín que sólo vivió para el bien y la libertad y que, al fin, no logrando en su delirio ciego de caballero cristiano hacerla lucir con el brillo de su aspiración perpetua, le ofreció su vida a la patria con la misma dulzura y sencillez con que un niño le ofrece a su madre una flor.

Gaspar Betancourt Cisneros, que mentor de su pueblo no respira por guardar todo su aliento para acometer en la lucha; no escribe, sino pinta con su estilo noble o irónico la condición triste de su tierra; siembra porque se siembren las feraces llanuras de Camagüey para que la Agricultura nos haga más ricos; abona porque sus potreros se pueblen de la mejor casta de todos los animales de provecho; inventa vena de rieles que trae sangre de oro desde el mar del Norte al corazón de Cuba, Camagüey; sueña con arreglarle la población homogénea, bracea, tunde, hiende, todo en su afán de mejorar la condición de su pueblo y en el paroxismo del esfuerzo salta de tierra en tierra extraña hasta ir a dar a Colombia con empeño de libertad, y *tête à tête* con Bolívar le cuenta la angustia de Cuba para que él la venga a salvar.

Calixto Bernal y Soto, más pasivo, hombre manso, selecto de pensamientos y pluma, jamás de la turbulencia acción, que escribe y cincela tanto de arte y multitudes como de la Filosofía del Derecho y también del derecho que tienen los pueblos a la revolución; que forma en sus años de viejo probo y desengañado el

(1) José Ramón Betancourt. *La Feria de la Caridad*. Novela. Camagüey 183..

espíritu político del batallador José Martí allá en la Metrópoli sorda; que publica en Madrid del periódico político *La Reforma*, donde despliega tanto mérito y saber tanto, que saca de ello el mote de *Fundador de la Democracia en España*; y que luchador civil en Juntas de Información, después de perfeñar nuestro mejor plan autonómico sólo merece de la Madre Patria el destierro, que va a cumplir a Ceuta a los setenta años, con la sonrisa en los labios, contento porque ha cumplido con su deber de servir a su país y con su empeño de redimir esclavos.

*El Solitario*, de quien no quiero hablar y del que dijo Martí en *Hombres*, cuando supo que levantó el vuelo: "Ahora muere en Puerto Príncipe *El Solitario*, que amó su tierra ardentemente. Ni huyó el cuerpo ni cedió la pluma. Si no tenía más que un amigo el defensor de la independencia de la patria, Francisco Agüero era el amigo. De cárceles y de peligros salía más fuerte y determinado que el nadador de abajo de las olas. La edad le comió las carnes y le royó la pobreza los vestidos. De una tristísima soledad tenía llenos los ojos. Cayó en su patria como si cayera en tierra extraña..."

Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, que, como Francisco Agüero Duque Estrada, amante de la democracia pura y descoso de desterrar de su tierra todo recuerdo de los monárquicos privilegios y distinciones, se sacó el *Marqués*, con desprecio, como el otro se sacó el Duque, mas de la adversidad le vino que su gente no lo llamase sino el Marqués, nombre que barajaba indistintamente con el de *El Gran Ciudadano*. Tres veces presidente de la república insurrecta jamás descargó los tiros de su revólver contra el español, sino el golpe formidable de su honor, la catapulta de su patriotismo, que en la Cámara Constituyente aplastó a todos los cubanos juntos y al Norte dominador, devolviéndole en bandeja de oro la piojosa enmienda Platt.

Avellaneda, que pone por encima de toda América, a la altura de los mejores de todas partes, la lengua que el conquistador nos enseñara, no para que dijésemos con ellas palabras de belleza y de amor, como hizo Tula, sino para que fundiésemos en su horno los epifonemas, resúmenes dolientes o trágicos, y las imprecaciones, arrancadas al dolor que nos causó.

Ignacio Agramonte! el que a los diez años de edad, huído de la falda de su madre, corrió a empapar la punta de su pañuelo, juramento mudo, en la sangre que corría a torrentes por la herida del pecho de Joaquín de Agüero cuando cayó atravesado por cien balazos de odio, y que por el mismo modo, preuio a sus heroísmos de hombre, España quemó. ¡Agramonte! soldado incomparable; baluarte del honor; paladín de la hidalguía; columna de la fe patriótica; rey de la democracia; emperador de la dignidad humana dónde estás? ¡Dónde está tu sombra abochornada y triste que no osa venir a alzarse alentadora en la tierra donde naciste? Aventadas tus cenizas en el ámbito de tu pueblo el aire de tu pueblo debió promover desde entonces y para siempre a una emoción singular; el soplo de los pulmones de tu pueblo debió desde entonces y para siempre ser único. ¡Viento de huracán! y ahora tu pueblo se ahoga falto de pulmones y el aire de tu pueblo hace yerto el respirar.

Augusto Arango, tres veces agosto, por bello, por héroe y por mártir. Guerrero sin par a los diez y ocho años, tus proezas y tus valentías son dulces, por lo trágicas, de contar. Tu alma de buena fe cayó en la celada del engaño, tu cuerpo noble y fuerte fué descuartizado y arrastrado por las calles de tu ciudad; las ventanas y las puertas cerradas; los niños gimiendo en los regazos de las madres; las madres levantando los brazos al cielo, porque no había hombres; los hombres estaban en los campos haciendo la guerra.

Aurelia Castillo, que era el talento equilibrado, el pensamiento filosófico, el buen gusto sin tacha, el sosiego, la paz. Fuera del círculo de los gestos últimos camagüeyanos, ella blanca, azul y dorada, era la majestad. Su obra más digna de arca griega que de altar romántico no tuvo sangre ni pus, tan humanos, sino fragancia de jazmín y tersura de lirios. No hay palabra de quietud con que evocarla. Cuando se piensa en ella no dice nada la palabra serenidad.

Ahora pasa Varona, quien piensa y no cree en Dios, pero cree en el hombre y en su respeto y en el respeto a su dignidad, y cuando se siembra el suelo de Cuba de cadáveres y de sombras

que piden justicia él tiene el valor de alzar el brazo y gritar el *pollice verso* contra el diablo de la libertad.

¿Y tú, Camagüey, cómo estás? Manco, tullido, asmático, la boca tuerta, la mirada tonta... esperando... esperando... esperando... sin un gesto de rebeldía... ¡*Ciudad Prócer* llamada, dónde estás...?



JOAQUÍN DE AGÜERO Y AGÜERO

(Cortesía de la revista "Bohemia".)



*Breve reseña de los hechos más notables de la vida de Don Joaquín de Agüero y Agüero hasta su muerte acaecida el 12 de Agosto de 1851.*

*Por Don Francisco de Agüero y Estrada (El Solitario).*

Nueva York, 1853.

*Introducción.*

Habiéndose demostrado la más cuidadosa y detenida observación que entre los muchos hombres a quienes se prodigan elogios, acaso hay uno u otro muy contado que los merezca, y que el mayor número más que alabanzas merece vituperio, esta triste experiencia me ha hecho algo reservado y circunspecto en este punto, para no prodigarlos con ligereza o demasiada facilidad; de consiguiente sólo el conocimiento práctico que por muchos años he tenido del carácter, sentimientos y principios de Don Joaquín de Agüero y Agüero y la más profunda convicción respecto de su verdadero mérito, pudiera inducirme a trazar esta breve reseña histórica de su vida.

Lejos de mí todo género de pretensión en cuanto a su forma o composición literaria, porque estoy íntimamente convencido de que todas las obras de los hombres se resienten más o menos de la imperfección, que es el común patrimonio de la humanidad, y porque tenga además la convicción de que hay en ella un vacío considerable que no me ha sido posible llenar, no obstante mis buenos deseos, que en este punto no ceden a los de nadie; así pues, si no he podido dar más extensión y mejor forma a esta interesante memoria, en gran manera es efecto de las cir-

circunstancias contrarias que no me han permitido reunir algunos datos que considero de suma importancia para su más acertada ejecución.

Con todo, aunque mi trabajo no llene completamente el alto fin a que se dirige, esto no obstará a que yo lo publique; primero, porque a ello no me ha movido el ansia de ganar gloria o reputación literaria; segundo, porque me anima solamente el deseo de rendir un justo homenaje de admiración a la memoria del ilustre caudillo de San Carlos, y tercero, porque esto servirá de estímulo a otros que con mejores talentos tal vez, o en mejor posición que yo para adquirir aquellos datos, podrán perfeccionar la obra interesante que yo no hago más que bosquejar. (1)

## I

Don Joaquín de Agüero y Agüero, de gloriosa e indeleble recordación, nació en la ciudad de Puerto Príncipe en la Isla de Cuba el 15 de Noviembre de 1816. Fué hijo legítimo de Don Miguel Antonio de Agüero y Doña Luisa, del mismo apellido, ambos de una familia distinguida por sus buenos antecedentes, noble carácter y honrados sentimientos.

Desde niño precoz y despejado, que manifestó desde sus primeros pasos en la carrera de la vida, Don Joaquín tuvo la buena suerte de recibir la más esmerada educación de sus respetables padres, que se desvelaron a porfía por cultivar la tierna planta que la Providencia había puesto bajo su amparo y protección.

(1) Como El Solitario escribió la biografía de Joaquín de Agüero en New York, desprovisto de toda clase de datos que pudieran ayudarle a realizar ésta a su satisfacción, y como después de terminada, y en condiciones en que ya podía incluirlas en el texto, recibió algunas noticias que creyó necesario añadir en él para darle mayor auge, las transcribió en apéndices, por lo que su trabajo tiene una forma desunida.

Al publicarlo, ahora, queriendo hacer desaparecer de él esta factura, he decidido incluir, en los lugares de la biografía donde corresponda lógicamente, las noticias llegadas a destiempo a El Solitario, cuales son: *Notas del Secretario de la partida de Las Tunas, Adolfo Pierra y Agüero y Pensamientos diversos y últimas palabras de Joaquín de Agüero.*

Esto, con la finladidad de darle unidad al trabajo en provecho de su forma literaria.

Su virtuosa madre, sobre todo, de una capacidad e instrucción poco comunes en las personas de su sexo y distinguida además con las dotes inapreciables que constituyen una piedad ferviente, pura, acrisolada, empleó todos los esfuerzos de que era capaz para ilustrar su entendimiento y formar su corazón en la práctica de las virtudes morales y religiosas que habían sido siempre el norte, el consuelo y la esperanza de su vida.

Sin limitarse pues a inculcarle estériles principios, que muy poco o nada significan cuando no están acompañados de una práctica eficaz, ella a la par que sabía moderar y dirigir sus nacientes pasiones, le ejercitaba de continuo en actos de humanidad, beneficencia, noble y generoso desprendimiento, que hicieron luego hábitos el tiempo y la reflexión; y de aquí el carácter filantrópico y la abnegación sublime que le hicieron después un héroe a los ojos de la humanidad, y un mártir glorioso de la patria.

## II

Dócil siempre a las inspiraciones de sus buenos padres, Don Joaquín se manifestó altamente acreedor a los desvelos de entrambos, haciendo los más rápidos progresos en las escuelas de primeras letras, lo mismo que en las clases de latinidad, humanidades y otras científicas a que concurrió, de suerte que deseoso su padre de hacerle abrazar la carrera del foro, lo envió a la ciudad de la Habana a la edad de 21 años.

Allí permaneció durante dos en los cuales estudió el primero y segundo curso de Derecho, obteniendo el grado de Bachiller en Leves, siempre con aplauso general de sus catedráticos, hasta que el año de 1838, hallándose su padre sumamente achacoso, le hizo regresar a Puerto Príncipe para confiarle la dirección de sus negocios.

Vuelto pues a su pueblo natal contrajo matrimonio el 7 de Enero de 1839 con Doña Ana Josefa de Agüero (2), su pri-

(2) Exactamente contemporánea a la generación, que con datos positivos poetizó sus hechos hasta darles proporciones y matices legendarios, Doña Ana Josefa de Agüero y Perdomo ha pasado a la posteridad como uno de los tipos femeninos más admirables de la Historia. Tipo que esencialmente reúne las características morales, y magnifi-

ma, con quien tenía relaciones amorosas desde antes de partir para la Habana.

En esa edad tan juvenil Don Joaquín no desmintió jamás los buenos principios en que había sido educado, conduciéndose de la manera más honrosa y ejemplar en el lleno de las obligaciones del nuevo estado que había contraído. Así pasó Don Joaquín los primeros años de su vida sin haber experimentado otros reveses de fortuna que la muerte de sus padres; acaecida la de su madre el 5 de Agosto de 1832 y la de su padre el 6 de Noviembre de 1840. Por fallecimiento de éste encontróse Don Joaquín en el goce completo de una más que mediana fortuna.

Todo parecía sonreír en derredor suyo y en el brillante aparato de felicidad que lo rodeaba, nadie sería capaz de columbrar la larga serie de sufrimientos, ni el trágico, aunque glorioso fin, que le tenía preparado su adverso destino.

### III

Amante del progreso de su patria y amigo del pueblo por carácter, por instinto y por convicción, Don Joaquín de Agüero promovió una escuela gratuita para los niños pobres de la pequeña población rural de Guáimaro, a costa de grandes dispendios y no poca actividad de su parte, removiendo las dificultades

cas condiciones de carácter que eran dote de las mujeres camagüeyanas de su tiempo.

Doña Ana Josefa de Agüero y Perdomo, nació en Camagüey el año de 1820. Se casó, muy joven, con su primo Don Joaquín de Agüero y Agüero.

Desde el principio de este enlace, Doña Ana Josefa, absolutamente identificada con su marido en la activa labor que éste desarrollaba para realizar la independencia de Cuba, subió con él al mismo calvario de infortunios, deteniéndola solamente el destino ante el sacrificio último: el de la pérdida trágica de la vida, donde culminó el esposo.

Las frases con que Doña Ana Josefa despidió a su marido, en apretado abrazo, cuando éste se tuvo que ausentar definitivamente de la ciudad de Camagüey, en virtud de la persecución del Mariscal Lemery, han pasado a la historia como la expresión más sintética y noble del alma cubana de la época: "¡Ve, y cumple con tu deber, y que cuando vuelva a abrazarte seas un hombre libre!"

Desde que Don Joaquín de Agüero tuvo que marcharse al campo Doña Ana Josefa asumió en la ciudad la dirección del movimiento re-

que tuvo que superar para su realización. Dicha escuela fué inaugurada el día 8 de Enero de 1842, y por este señalado servicio hecho a su patria le concedió un título de Socio de Número la Sociedad Patriótica de la Habana el 22 de Abril de 1843, con título de Presidente para que regenteara la referida escuela.

Necesario es advertir que apenas empezó Don Joaquín de Agüero a administrar los bienes que heredó de sus padres, que consistían en su mayor parte en algunos esclavos y varias haciendas dedicadas a la crianza de ganado, tuvo que poner en tortura los sentimientos de humanidad que le caracterizaban, porque su alma libre y filantrópica mal podía avenirse con el sistema de bárbara esclavitud que nos legaron nuestros abuelos y que tantos males políticos, morales y económicos ha producido, está produciendo y producirá siempre a la infeliz Cuba.

volucionarlo camagüeyano en todo lo que concernía a su marido con el cual se comunicaba secretamente.

Próximo a estallar la revolución que fué el 4 de Julio de 1851, día en que el caudillo proclamó la independencia de su patria, Doña Ana Josefa bordó una bandera cubana que ambicionaba ofrecer a su marido para que ondeara sobre su campamento en tan solemne día.

Antes de enviarla fué con ella a la iglesia, y confesando, expuso al sacerdote todo el plan a desarrollar por los patriotas, rogándole la bendición de la enseña. Comulgó, luego, y la bandera fué bendecida, enviándola Doña Ana Josefa a la partida que mandaba Don Joaquín.

Pero inmediatamente que el sacerdote se separó de la gran mujer acudió en denuncia al Mariscal Lemery, que en seguida mandó fuerzas a perseguir a los insurrectos, dando lugar, con esto, al fracaso, en principio, del movimiento revolucionario.

Asimismo el Mariscal Lemery mandó a detener a Doña Ana Josefa, la que avisada con tiempo, escapó, refugiándose con sus dos hijos en la hacienda lejana de uno de sus parientes.

Desde allí siguió con fervor único el curso de la revolución y al saber que su esposo había caído prisionero y condenado a muerte, turbado su juicio, huyó escondida de sus familiares con sus dos hijos pequeños, a presentarse a las autoridades españolas, diciendo que sólo deseaba ser fusilada con su marido. Pero notada a tiempo su falta, los deudos se echaron a buscarla en unión de los amigos de la cercanía, y habiéndola encontrado desfallecida de cansancio y angustia, la recogieron y trasladaron de nuevo a su refugio.

Entonces, reaccionando momentáneamente al verse entre los suyos, Doña Ana Josefa cayó en la más letárgica inconsciencia, permaneciendo en ella durante varios días. Pasados los cuales volvió con su

Varias veces conferenció conmigo sobre el modo de purificar su casa de esa culpa, que cual otro pecado original ha condenado a desgracias y sufrimientos y odiosa servidumbre a los pobladores de la hermosa Cuba. Varias veces llegó a mi presencia fuertemente conmovido por los actos de bárbara crueldad que veía ejercitar con la infeliz raza africana.

"¿Cuál es el derecho", me decía, "que tiene un hombre para apoderarse de otro por la fuerza y venderlo como si fuera una propiedad suya? ¿Y qué principio de justicia puede autorizar a nadie para comprar, no digo a un hombre, su hermano ante Dios y la Naturaleza, sino una cosa cualquiera adquirida por tan inicuos medios? ¡Ninguno, ciertamente ninguno!

Y no se nos diga que nosotros no tenemos la culpa de los crímenes de nuestros antepasados, porque sí en las cosas comunes y negras cabellera totalmente encanecida.

Antes de arrancar de su escondite Doña Ana Josefa escribió a su marido aquella carta secretamente inmortal que Don Joaquín leyó en capilla silencioso y demudado, la cual quemó al instante de leída en uno de los cirios del altar que se había levantado en ella para que realizase sus últimos ritos cristianos.

Expropiada de todos sus recursos, que el gobierno español le confiscó para pagar las costas del proceso de su marido, Doña Ana Josefa emigró a los Estados Unidos de Norte América, con su hijo e hija.

Allí enfermó gravemente el primero y llevada a la clínica del Dr. Wilbur, Doña Ana Josefa encontró en éste y su benemérita mujer, enterados de quien era la ilustre dama, toda la consideración y cariño que ella merecía y que le eran tan necesarios. Hasta que fué descubierta casualmente por la emigración revolucionaria cubana que desde entonces no la abandonó en su desamparo.

Estallada la revolución de Yara, Doña Ana Josefa, con el mismo fervor de sus años mozos se consagró al servicio de la causa cubana, alentando a los tibios, exaltando a los animosos, visitando familias de su tierra, y extranjeras, donde recolectaba toda clase de recursos para enviar en expediciones a los campos insurrectos. Su carácter acusaba con expansiones febriles o con depresión enfermiza los triunfos y fracasos de nuestra epopeya gloriosa... Y al fin, agotada por la miseria y la inclemencia del clima cayó para siempre en 1868.

De nuevo el Dr. Wilbur acudió magnánimo al conocer su muerte, trasladóse a New York y recogió su cadáver que enterró en el cementerio de Siracusa, donde yace con sus dos hijos, que la siguieron a realizar aquella trascendente e inmortal frase que dirigió, en heroica misiva, a su esposo: "¡Hasta cantar la victoria en la tierra o hasta gozar de la gloria en el cielo!"

nes estamos obligados, por un principio de rigurosa justicia, a la restitución de la cosa mal adquirida, con mayoría de razón lo estamos cuando se trata del derecho sagrado e inalienable de la libertad personal, que es la base y el complemento de todos los derechos del hombre.

De consiguiente, estamos obligados, me decía, a reparar la injusticia de nuestros antepasados, devolviendo la prerrogativa y el derecho de hombres a nuestros hermanos, los hombres de color, a quienes sólo el abuso más brutal de la fuerza, y el olvido de todo buen principio de moral, de justicia y humanidad ha podido traer a semejante estado de degradación y vilipendio."

Animado de estos nobles y filantrópicos sentimientos a que no podía resistir su generoso y benévolo corazón, Joaquín de Agüero tomó últimamente la heroica resolución de dar libertad a ocho esclavos que había heredado de sus padres, cuya escritura realizó en Puerto Príncipe el 3 de Febrero de 1843 ante el escribano público José Rafael Castellanos. (3)

(3) Algunos de los hombres libres de Cuba quisieran que yo no hubiera consignado aquí el hecho que forma la página más bella de la vida de Don Joaquín de Agüero: el de haber libertado a sus esclavos; mas yo apelo al voto de los hombres más ilustrados del siglo; apelo al voto de la humanidad entera, y a los principios de equidad y de justicia universales, que son la base de todo lo bueno, para que decidan. La verdadera libertad es hija del cielo, y pura y bienhechora no desmiente jamás su origen divino. Por lo mismo ella excluye las miras mezquinas y el espíritu de egoísmo de esos hombres libres de nuevo cuño, que quisieran para sí todos los goces, todos los derechos, todas las garantías, el presente y el porvenir de Cuba, y nada quieren para la infortunada raza africana. Ninguna reforma, ninguna modificación para lo presente, ni ninguna esperanza, ninguna garantía para el porvenir. Nada, sino cadenas, la ignominia, la desesperación, en fuerza del funesto principio, que es la gangrena de nuestra civilización y la rémora de nuestra libertad, el que tiene esclava aún a la Europa misma, el que mayores obstáculos ha opuesto y opondrá siempre al progreso de la libertad del mundo y a la perfectibilidad del género humano. En fuerza de ese funesto principio y bajo la influencia de tales causas, Cuba no hará más que cambiar de despotismo y no tendrá sino un fantasma de libertad y mal podrá blasonar Cuba de sus libres instituciones, con más de la mitad de su población esclava y la otra parte dominando sobre máquinas vivientes, y sobre hombres semibrutos envilecidos por la servidumbre y ejerciendo sobre ellos el más absoluto dominio.

Como no podía ocultarse a la ilustración y buen juicio de Don Joaquín que el hombre ignorante y bruto está siempre dispuesto a abusar del don precioso de la libertad y que este estado requiere más luces y discernimiento para no convertirse en daño de la sociedad, Don Joaquín, retirado con su familia a su hacienda "El Redentor", condujo varias veces a ella al Presbítero Don Juan de Dios López, cura de Guálmara, para que celebrase allí el santo sacrificio de la misa, administrase los sacramentos y predicase a sus libertos las máximas saludables del Evangelio, tomando de aquí materia para hacerles comprender las obligaciones que en calidad de hombres libres habían contraído con la sociedad, a fin de encaminarlos por la senda del honor, al cumplimiento de sus deberes sociales.

Esto nos hará aún más injustos y odiosos que los españoles mismos, que quieren la libertad para España y para Cuba sólo degeneración y vilipendio, abyección y bárbara servidumbre.

Sin embargo, como en esta delicada y difícil reforma, no se necesita menos valor y abnegación para promover al bien, que sabiduría y previsión para precaver el mal, pienso que dicha reforma sólo debe hacerse por un sistema de emancipación gradual previamente meditado y compatible con el interés general, que es la ley suprema de las naciones.

Por tanto, debiendo ser el primer cuidado y el objeto principal de la libertad, en un país que ha sido esclavo, el establecer nuevos principios y crear nuevas costumbres y leyes que sirvan de garantía a las nuevas instituciones, de aquí deduzco que debemos conclenzadamente pensar sobre esta materia importante, no sea que el nuevo edificio social conserve los mismos vicios que el antiguo, por estar constituido con los mismos elementos.

No son libres los hombres que quieren tener esclavos a sus semejantes; ni es libre el pueblo en que sólo una parte de sus habitantes goza de ciertos derechos y la otra se halla al nivel de un rebaño de ovejas.

Sostengan en hora buena la esclavitud los que especulan con las miserias de la humanidad; pero no el hombre honrado que estima como su primer deber ser justo y que antepone éste y su conciencia a todo otro interés. En fin, el bien no debe esperarse sino de los buenos principios y la esclavitud nunca ha dado sino frutos de maldición sobre la tierra.

¿Ignoran, por ventura, los cubanos, que la esclavitud atrae la esclavitud y repele la libertad? ¿No saben que ya se preparan los americanos de los Estados del Sur de la América del Norte para inundar a Cuba con sus esclavos y especular con la feracidad inagotable de sus campos vírgenes, y que esta misma causa debe influir en que la inmigración blanca de Cuba sea insignificante, si no se modifica, se aminora, y se destruye, si es posible, el actual sistema de esclavitud? Iguales causas producen

Y esta conducta tan loable a todas luces, y que tanto honor hace a la memoria de Don Joaquín, fué causa de que algunos vecinos informasen desfavorablemente al gobierno contra él, todo lo cual, unido a la circunstancia fatal de estar por entonces fuertemente alborotada la esclavitud en la parte oriental de la Isla con las doctrinas y sugerencias del Cónsul británico, Mr. Turnbull, hizo que aquel gobierno interpretase siniestramente la abnegación heroica y los sentimientos del amigo de la humanidad, dando margen a indagaciones y procedimientos harto violentos de parte del gobierno, que amargaron la existencia y turbaron no poco la tranquilidad de Don Joaquín.

Hallábase, pues, en el campo con su familia a mediados del año 1843 cuando un amigo le comunicó que el gobierno de Puerto Príncipe había enviado una orden al Capitán del Partido para que le hiciera comparecer en la ciudad a fin de evacuar un informe que se proponía el gobierno relativo a la manumisión de sus ocho esclavos y demás años posteriores.

Recibióle con calma Don Joaquín y presentóse en Puerto Príncipe ante el teniente de gobernador Don Francisco de Paula Alburquerque, satisficiendo a un largo, prolijo e inquisitorial interrogatorio que se le hizo, y que no puedo copiar por las razones que dejo indicadas, recordando nada más que cuando se le preguntó por qué había dado la libertad a sus esclavos respondió que lo había hecho solamente por motivos de conciencia.

efectos semejantes. De consiguiente, si en los Estados del Sur de Norte América con las mismas leyes, en general, con las mismas costumbres que en los demás de la Unión americana, la población permanece estacionaria por efecto de la esclavitud, aumentándose, en cambio, considerablemente la de los esclavos, que a manera de torrente han arrojado los Estados del Norte sobre esta parte de la Unión, con mayor motivo resultaría esto mismo en Cuba, donde los propietarios del Sur hallarían un campo vasto y fecundo a sus grandes especulaciones agrícolas en tanto que los pueblos inmigrantes encontrarían diferente clima, diferentes costumbres, idioma, religión, etc. (Véase Torqueville. *Democratie en Amerique*. Tomo 2. Páginas 312 y siguientes.)

Juzguen, pues, mis lectores, si he debido pasar por alto el hecho indicado al principio; si es o no necesaria la reforma; si debemos prepararnos para ella, y de consiguiente, si conviene o no ilustrar una cuestión de tanta importancia. (0)

(0) Nota de *El Solitario*.

Evacuado el referido interrogatorio, se permitió a Don Joaquín regresar a sus campos, pareciendo que con esto debía cesar el peligro que lo amenazaba. Mas, hubo fundados motivos para temer lo contrario, porque elevado el informe consiguiente al Capitán General de la Isla, algunos de los amigos de Don Joaquín temieron que a vuelta de correo fuese sorprendido éste, cuando menos lo esperase, y encerrado en una prisión, cuya sospecha se hizo más vehemente cuando, recurriendo Don Joaquín por un pasaporte para dejar la Isla, éste le fué rehusado por el gobierno. Entonces determinó irse sin él a los Estados Unidos, lo que verificó en el mes de Junio del año 1843.

Después de haber residido tres meses en este país, Don Joaquín regresó a la Isla en Septiembre del mismo año, por haber juzgado que su patria estaba amenazada de una revolución no muy lejana y creyendo que podía serle más útil, volviendo a ella, aunque corriera el riesgo que antes había querido evitar marchándose.

A su arribo fué llamado inmediatamente por el gobierno y detenido en la sala capitular del ayuntamiento; mas, después de habersele preguntado por qué había salido de la Isla sin pasaporte, a lo cual satisfizo con no poco desembarazo, (4) fué puesto en libertad pasadas de algunas horas de arresto.

Vuelto Don Joaquín al seno de su familia ya no pensó sino en permanecer en el campo buscando allí la tranquilidad, que en su carácter altamente noble y pudonoso alteraban no pocas veces, las hablilas de la multitud insensata, menos propensa a imitar las grandes acciones que a censurarlas torpemente, ya por ignorancia, ya por envidia, ya por malignidad.

Y el sórdido interés, el egoísmo y la injusticia, levantaban erguidas las cabezas contra la voz de la humanidad, la justicia y la religión, que unidas en las más perfecta armonía aprobaban, aplaudían y exaltaban la acción memorable de Don Joaquín.

Los que no podían comprender que un hombre fuese capaz de tanta abnegación por pura humanidad y filantropía, pensaban, ya que Don Joaquín estaba loco, ya que intentaba sublevar

(4) Los datos relativos a ambos interrogatorios existen en un libro de memorias que llevaba Don Joaquín. (0)

(0) Nota de *El Solitario*.

la esclavitud para subvertir el orden social y hacerse un partido formidable entre los hombres de color.

Despreciando, pues, la maledicencia que tan indignamente le juzgaba, Don Joaquín se retiró definitivamente a sus haciendas donde permaneció algunos años ocupado en el mejoramiento de sus fincas y adelanto de sus intereses, que se habían resentido no poco desde que sacrificó una parte considerable de ellos en aras del bien.

Como todo lo vence el tiempo, al fin los enemigos de la libertad dejaron de hacer comentarios sobre la acción meritoria de Don Joaquín, pero éste siempre firme e inmutable en sus principios se ocupaba sin cesar de la libertad de Cuba, porque quien tan bien había sabido manifestar su adversión a la esclavitud de la raza negra no podía dejar de ocuparse de la esclavitud de la patria.

Consecuente con sus ideas progresistas y creyendo que uno de los medios más eficaces de promover en Cuba útiles reformas que mejorasen la triste condición de sus esclavos y de sus habitantes en general, y asegurasen su prosperidad y su libertad futura, consistía en el fomento de la población blanca, emprendió un viaje a las Islas Canarias el 30 de Abril de 1848; teniendo además en consideración el laudable objeto de precaver el que veía acercarse, violento choque de las razas heterogéneas que pueblan a Cuba y las sangrientas catástrofes de que con tanta frecuencia han sido teatro las colonias europeas de América.

Pero siguióle en tan patriótica empresa la influencia fatal del gobierno de Cuba que con sus medidas restrictivas y amenazas de azote, prisiones y otros tratamientos harto humillantes para los hombres libres, iba retrayendo a los canarios y otros pueblos emigrantes del propósito de ir a fomentar la población blanca de Cuba. Así empleó Don Joaquín unos seis meses en el enunciado viaje, quedando frustrados sus buenos deseos, sufriendo penas y haciendo gastos considerables.

#### IV

Reducido había estado hasta entonces el eminente patriota al estrecho círculo de sus propias ideas y aislados esfuerzos, hasta que la primer tentativa de revolución del General Narciso

López, en Trinidad, el año 1848 abrió la era revolucionaria en que lucha la infortunada Cuba por sacudir el yugo de sus tiranos y elevarse al rango de las naciones libres.

Efectuado este primer movimiento empezó a renacer entre nosotros aquel espíritu de libertad que brotó en Cuba el año 20; que se robusteció algún tanto en el corto período que rigió en ella la constitución promulgada en dicho año en todos los dominios españoles, y que a los galpes combinados de Francia y el partido absolutista español, cayó tristemente el año 23.

Descubierta la conspiración del ilustre general López, perseguido éste y sus asociados, tuvieron que pasar a los Estados Unidos desde donde se comunicaban a la Isla sus planes, su entusiasmo y sus esperanzas, por medio del periódico "La Verdad", que a poco se estableció y se hizo órgano de la revolución, al par que alentando el espíritu revolucionario, trabajando por que se constituyeran sociedades en la Isla, con el fin de organizar los pueblos y obtener los medios conducentes a derrocar al gobierno español. Desde luego fué Don Joaquín uno de los primeros miembros de la que se instaló en Puerto Príncipe con tal objeto a fines de 1849.

Entusiasta por carácter y exaltado patriota, Don Joaquín era por consiguiente muy susceptible de abrigar y fomentar, en vista de tales antecedentes, las más lisonjeras esperanzas para el porvenir de su patria. Así es que al leer las comunicaciones que de tiempo en tiempo se recibían y los números de "La Verdad" que a despecho del gobierno circulaban por toda la Isla, él se persuadía, como la mayor parte de los cubanos, de que no estaba muy lejano el día de nuestra regeneración política.

La siempre memorable invasión de Cárdenas, acacida el 19 de Mayo de 1850, aunque no dió ningún resultado satisfactorio para nuestra causa, vino a confirmar más y más nuestras esperanzas, manifestando la posibilidad de un hecho que era necesario aplazar para mejores días.

Así pues, para dar mayor actividad a las ideas revolucionarias, Don Joaquín de acuerdo con la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, se proveyó de una imprenta manual con cuyo auxilio pudo imprimir varios papeles que eran siempre acogidos con entusiasmo por el pueblo, a pesar de la vigilancia de los espías y de los suplicios con que amenazaba el gobierno español,

pues nada era capaz de intimidar al que había previsto todos esos peligros y cual otro Kossuth se había resuelto a arrostrarlos valerosamente por llevar a cabo la santa obra de nuestra emancipación política.

Sumamente irritado el gobierno en vista de los folletos que así de Puerto Príncipe como de Nuevitas, donde residía últimamente Don Joaquín, circulaban de continuo por la Isla, dispuso que se registrasen varias casas entre las cuales fué una la suya; mas en vano se hicieron las diligencias por parte del gobierno, porque como estaba previsto, se trabajaba con suma precaución.

Las dos imprentas seguían lanzando con frecuencia sus hojas volantas que inundaban las calles, los cuarteles, la casa de gobierno y hasta el escritorio mismo del gobernador, excitando el espíritu de libertad en el pueblo y descubriendo los innumerables abusos en que tanto abundaba aquel arbitrario, desmoralizado y execrable poder.

V

Así marchaban las cosas, cuando el 3 de Mayo de 1851 el gobernador de Puerto Príncipe, Don José Lemery, de odiosa recordación, se propuso dar un golpe mortal a la imprenta y a los planes revolucionarios, para hacer lo cual decretó que fueran presos doce individuos de Puerto Príncipe, los que a él y a sus agentes se les antojó comprender en la lista de proscripción, que redujo a efecto en la mañana del mencionado 3 de Mayo.

Eran los individuos comprendidos en la memorable lista el Ldo. Don Manuel de Jesús Arango, Ldo. Don Serapio Recio, Ldo. Don Fernando de Betancourt, Ldo. Don José María Valdés, Don José Joaquín Ribera, Don Melchor Silva, Don Francisco de Quesada, Don Salvador de Cisneros, Don Agustín Castellanos, Don Joaquín de Agüero y Agüero, Don Francisco de Agüero y Varona, y Don Francisco de Agüero y Estrada que escribe esta sucinta memoria.

Fueron capturados los primeros, o por mejor decir, se presentaron los más, volutariamente, al saber que el gobierno los llamaba, y sin más formalidades ni formación de causa, sin más trámites que la voluntad absoluta del déspota, enviados a la Habana dentro del término de doce horas, para de allí ser remi-

tidos a la península. Los tres últimos escaparon de aquel bárbaro y escandaloso golpe porque el primero recibió con tiempo un aviso y los otros dos se hallaban, a la sazón, en el campo.

Imagine el lector cual sería el estado de Puerto Príncipe en tan aciago y calamitoso día; y escandalícese el mundo al contemplar cómo se sacrifica a un pueblo entero a los antojos de un mandarín que no reconocía otra ley que su capricho.

Así pensó el cruel y mal aconsejado Lemery destruir de un solo golpe la revolución de Cuba y no hizo más que acelerarla y hacerla más sangrienta, porque refugiados aquellos hombres que escaparon de la persecución en los campos de Cuba, sobre todo en los de Puerto Príncipe y en relación con las innumerables personas de las familias, parientes y amigos de los proscriptos, o por mejor decir, con todo el pueblo que no podía dejar de simpatizar con las víctimas inmoladas al más desenfrenado despotismo, ya no pensaron en otra cosa que en organizar un movimiento revolucionario que tuviese por objeto la destrucción del enemigo común.

Habiase refugiado Don Joaquín en las montañas que median entre Nuevitas y Las Tunas, se había unido a otros patriotas que también eran perseguidos, por la infame delación de un tal Urra, entre los cuales figuraban como principales Don José Mateo Ponte, y Don Pablo A. Golivart.

Anduvo Don Joaquín aquí y allá por diferentes lugares hasta que encontró uno adecuado a sus miras: es decir, un lugar donde a poca costa pudiese fortificarse y defenderse de un ataque. Era, pues, una montaña encumbrada que a uno de sus amigos se le ocurrió llabar "El Buen Refugio", situada, como se ha dicho, entre Las Tunas y Nuevitas. Dicha montaña se conoce en el país por el nombre de La Piedra de Juan Sánchez. Es una cuesta bastante suave en su mayor parte y está cubierta de árboles frondosos de una talla gigantesca; tiene un manantial, como a la mitad de la altura, que no se agota jamás; su forma majestuosa y casi piramidal hacia la cúspide le da un aspecto imponente, y al llegar a su cima es casi imposible dejar de sentirse inspirado por un sentimiento sublime, una de esas grandes emociones que no pueden expresarse. En su meseta más elevada hay una planicie como de 300 pasos a la redonda y desde su pico más encumbrado puede dirigirse la vista en derredor, deseubriendo, por todas partes la inmensidad, el ojo atónito del observador. En esa región encum-

brada el hombre se contempla libre, independiente, superior a todo lo terreno. En fin, ella domina todo el país, como domina el sol al universo y parece destinada por la naturaleza para ser la cuna de la libertad. (5)

Allí se refugió Don Joaquín, allí concibió sus planes, reunió las armas y municiones, incorporándosele unos doce hombres, cuando dicen que fué denunciado por un tal Artacho, y entonces el gobierno envió una partida de 160 hombres a perseguirlo.

Don Joaquín confiado en la ventaja de su posición, no quería abandonar "El Buen Refugio"; sin embargo de lo inminente del peligro, pero atendiendo a sus pocas fuerzas sus amigos lo hicieron bajar a los llanos para esperar los patriotas que de Puerto Príncipe salían cada día a incorporársele. Bajó del referido lu-

(5) Era entonces cuando Don Joaquín recibía estas cartas de su esposa, que ha pasado a la posteridad.

"Nuestra casa, 30 de junio de 1851: Alma mía, todo mi sér: Hoy hace dos meses que salló usted de mi lado, contra mi gusto, y esto le valió no estar en destierro. ¡Quiera Dios que esta patria, a quien está consagrado, y por la cual tanto ha sufrido, se vea al fin reconquistada por el esfuerzo de sus hijos! ¡Yo no ceso de pedirle al Todopoderoso que transmita al corazón de cada cubano un deseo ardiente de libertad a su patria y que al mismo tiempo le dé valor y virtudes para conseguirlo!

He convocado a varias señoras para que en diversos templos se diga una misa solemne para rogar al Dios de los Ejércitos les dé la victoria. La mía se dirá el día 4 y detrás del cuadro de alguna imagen estará la ... (6)

Espero que cuando usted tenga reunidos los patriotas que van a exponerse por dar vida a la patria y para conservar su dignidad de hombres, invocará con ellos, todos de rodillas, al Dios Altísimo, al Dios Justo, que no abandona jamás al que sigue la senda del honor y del deber.

¡Oh, esposo mío! ¡Quién tuviera la dicha de hallarse allí en ese momento supremo! ¡Con cuánto placer estrecharía entre mis manos la de cada uno de esos valientes. ¡Con cuánto amor lo estrecharía yo a usted contra mi corazón, diciéndole: ¡Hasta cantar la victoria en la tierra o hasta gozar de la gloria en el cielo!

Pero ya que mis dos hijos me impiden hallarme allí, reciba usted y ellos todos, los votos de mi corazón.

¡Mi esposo idolatrado! el verdadero valor siempre es prudente; no se ofenda porque le ruegue que en todas ocasiones, como siempre se lo

(6) Parece que se refiere a la bandera cubana.



gar el 26 de Junio y se detuvo no muy distante de "El Buen Refugio", siempre a vista del enemigo, hasta que se halló con unos cuarenta hombres con los cuales se pronunció el día 4 de Julio, marchando hacia Las Tunas.

## VI

De paso, hallándose reunidos en San Francisco del Jucará, el día 5, como a las seis de la mañana, después de haber sido nombrado jefe de dicho cuerpo por una gran mayoría de votos y dado las gracias a sus compañeros de armas por el alto honor que le habían conferido, juró por Dios, por las veneradas cenizas de sus padres y por todo de cuanto hay más sagrado bajo los cielos y la tierra, ser fiel a la causa de la libertad de Cuba, cumplir exactamente con los deberes que había contraído, y en fin, depositar el poder que se le había confiado en el mismo cuerpo de quien lo recibiera, cada vez que se duplicase su número, para que de nuevo eligiese jefe.

Al pronunciar tan solemne juramento una emoción de noble orgullo y un sagrado entusiasmo por la gran causa que defendían embarga el espíritu y el ánimo de todos aquellos valientes y esforzados campeones de la libertad. Cuarenta hombres lloraban como niños y abrazaban transportados al gran patriota que habían elegido para que los acaudillase, mientras que éste, casi ahogado por la más profunda emoción y bañado también en llanto,

he visto ejecutar, consulte la prudencia.

Nuestros hijos están buenos y le piden a Dios por su adorado papá y por todos los cubanos.

Adiós mi bien, mi ventura, mi sólo y único amor.

2 de julio.

Josefa.

¡Mi bien, mi soldado! Me parece que ninguna ofrenda puede serle más grata ni más querida que la bandera de nuestra patria, y así es que con placer indecible la proyecté y la bordé ayer.

El portador le dirá mi paradero. Deseo que luego que se hagan fuertes en un punto me manden a buscar para tener el placer de serles útil.

Estoy, cuanto es posible tranquila y serena, rogando, y esperando en Dios que no los abandonará en su infinita misericordia.

Los niños le mandan besos y yo el alma toda.

Josefa.

los estrechaba a todos contra su pecho manifestándoles su reconocimiento.

"Este es el momento más grande de mi vida", decía, poco después de esa escena memorable. "Sólo pueden compararse los sentimientos que ahora embargan mi corazón a los que experimenté el día en que di la libertad a mis esclavos."

Luego leyó el acta de independencia que había redactado, la que fué aprobada por todos. En seguida nombró los jefes subalternos, cuya facultad le fué antes conferida por el mismo cuerpo, quedando electo Don Manuel José de Agüero, primer ayudante, Don Adolfo Pierra y Agüero, secretario, Don Agustín Arango, médico jefe, y dividida la fuerza en tres brigadas, fueron nombrados jefe de la primera Don Augusto Arango y Agüero, de la segunda, Don Francisco Perdomo, y de la tercera, Don José Mateo Ponte.

El 7 se pusieron en marcha de nuevo hacia Las Tunas, que pensaban atacar el 8, para allí engrosar la primera hueste libertadora que se había organizado en los campos de la oprimida Cuba, proclamar la libertad y la independencia, y dirigirse luego a otros pueblos que prometiesen resultados más decisivos para la causa más justa y santa que jamás abrazó ningún país del mundo.

Con tal disposición emprendió su marcha hacia este pueblo hacia las cinco de la tarde, contando con algunos patriotas más que se le habían reunido, con los que ascendió el número total hasta cincuenta hombres, haciendo alto en varias fincas durante la travesía y llegando a Las Tunas a las dos y media de la madrugada.

Era el designio del jefe apoderarse del gobernador y sitiarse el cuartel, para obligar a éste que ordenase la rendición del mismo, sin derramamiento de sangre.

Pero el genio fatal que parecía presidir los destinos de Cuba hizo que los resultados no correspondiesen a las esperanzas. Muchos son los comentarios que se han hecho sobre este memorable acontecimiento; sobre si debió o no debió Don Joaquín, comenzar por allí la campaña libertadora, y sobre el plan que debió adoptar, como sucede siempre que un hombre tiene la desgracia de ir al fracaso en sus proyectos, al paso que cuando logra alcanzar buen éxito, todo queda justificado con el triunfo. Yo, como simple narrador, me limito a la más sencilla exposición de los hechos, sin

atender a otra cosa que a la heroica abnegación y al noble y generoso designio del ilustre caudillo.

Llegó Don Joaquín a Las Tunas, y como ya se ha dicho, siendo su intento apoderarse del gobernador y de la pequeña guarnición que había en el pueblo, dispuso que Don Manuel José de Agüero se dirigiese a tomar por asalto el cuartel y él se encaminó a la casa del gobernador, comisionando a Don Manuel Agustín de Agüero para que auxiliase a Don Manuel José, con la partida a su mando.

Dispuestas así las cosas, Don Joaquín se dirigió a donde se ha dicho y apenas había llegado al punto de su destino, cuando fué sorprendido por un tiroteo que a muy corta distancia e inesperadamente se escuchaba. Fué el caso que al encontrarse Don Manuel Agustín de Agüero con la brigada que mandaba Don Manuel José, del mismo apellido, se habían desconocido ambas partidas y batídose como enemigos; primero, porque al separarse estaban todos a caballo y en aquel momento se hallaba a pie dicha brigada y además porque Don Manuel Agustín había cambiado la dirección, por circunstancias imprevistas y de consiguiente nadie podía contar con semejante encuentro. Segundo por la oscuridad de la noche que les impidió reconocerse. Y tercero, por la voz de ¡España! que respondió Don Manuel Agustín, al dársele el ¡Quién vive!, debiendo responder ¡Cuba libre!, que era la consigna que había recibido del jefe superior.

Desde luego, el primer cuidado de Don Joaquín fué acudir al punto del conflicto a encontrarse con sus compañeros, que después de haber dado y recibido una descarga, se habían desbandado en completo desorden. Por de pronto, no se pudo contener ese primer movimiento, muy disculpable en unos jóvenes inexpertos que jamás habían visto un campo de batalla; mas, a poco andar, algo recobrados de su inicial sobresalto y reunidos en número considerable de ambas partidas, pudieron comprender todo el horror de su fatal e inesperado encuentro.

Imagínese el lector cuáles serían las emociones que en tan aciagos momentos experimentaron Don Joaquín y sus compañeros y sólo el que tenga un corazón de bronce podrá rehusarles un sentimiento de dolorosa simpatía. En tan críticas circunstancias Don Joaquín se detuvo algunos instantes a deliberar sobre lo que convenía hacer. Algunos, aunque en muy corto número, entre ellos

él, fueron de opinión que deberían volver por sus compañeros heridos y bagajes entre el cual se hallaba el plan de campaña que se había aprobado por la Junta Camagüeyana, reorganizada después de los acontecimientos del 4 de Julio; la declaración de independencia redactada por el mismo Don Joaquín y firmada por sus cuarenta compañeros, varias cartas y otros papeles importantes y cerca de mil pesos que pocos días antes habían recibido para proveer a los gastos principales de la guerra.

Mas, como al tiempo de conferenciar, un número incomparablemente mayor opinó prudentemente por la retirada, Don Joaquín tuvo que ceder a la mayoría y de consiguiente todo cayó en poder del enemigo, quedando en el sitio gravemente herido Don Manuel Agustín de Agüero y Don José Mateo Ponte, que fué hecho prisionero.

Malgrado este primer lance, y dispuesta la retirada, encontrando los nuestros en su marcha al pedáneo Salgado, jefe español, que al momento fué abandonado por los suyos, y no vaciló un instante en rendirse y disculparse de haber salido a perseguirlos, con la violencia que decía, le hiciera el gobierno a ese fin, fué muy honroso para el jefe de los patriotas el haberlo dejado ir ileso, por parecerle una cobardía atacar al enemigo rendido.

## VII

Don Joaquín, acompañado solamente de unos veinticinco hombres se dirigió a la hacienda San Carlos, donde esperaba se le incorporasen de nuevo algunos voluntarios patriotas; pero al contrario, ese mismo día 8 se le separaron varios compañeros a lo cual no se opuso, y después de haberse detenido algún tiempo en La Sabanilla, distante cuatro leguas de Las Tunas, se dirigió directamente a San Carlos, donde llegó la tarde del día 9.

A los dos días estaba en Puerto Príncipe la noticia de este malhadado suceso que produjo el más grave desaliento, y sería inoportuno extenderse largamente sobre el particular porque esto me desviaría del fin que me he trazado. Sin embargo, conciliando en lo posible la brevedad y la unidad con la exactitud de los hechos, no sería fuera de propósito manifestar aquí de paso, que al mismo tiempo que la de Don Joaquín, se organizaban en Puerto Príncipe otras tres guerrillas, que obrando de concierto con aqué-

lla, tenían por objeto interceptar las comunicaciones del gobierno y embarazar sus operaciones, formando un círculo en torno de la ciudad, de ocho a diez leguas de radio. Una de ellas, compuesta de 50 hombres, se situó en las inmediaciones de Santa Cruz para estar a la mira de su puerto y vía de comunicación con Puerto Príncipe; otra, que llegó a reunir unos cuarenta hombres, antes de su última dispersión, se situó en los montes que median entre Las Yeguas y El Cercado, para dominar los dos caminos, que por tierra, conducen a la ciudad de la Habana, y la tercera, que nunca llegó a consolidarse, en las montañas de Cubitas, para dominar ambos caminos de Nuevitas y el puerto de Guanaja. La jefatura de las dos primeras se confiaron, la de Santa Cruz a Don Miguel de Agüero y Estrada, y la segunda, a quien escribe esta memoria. (6) (7)

Estas partidas fueron perseguidas y disueltas por la reacción que produjo el acontecimiento de Las Tunas en el ánimo de algunos

(6) Don Francisco Agüero y Estrada, poeta y patriota cubano. Nació en Camagüey en 1806; murió en dicha ciudad el 20 de febrero de 1892. Recibió educación en su ciudad natal y luego a fuerza de trabajo y abnegación llegó a adquirir sólidos conocimientos que mucho le valieron con el correr de los años. Fué poeta de gran inspiración, colaboró en los periódicos locales de la época y asociado a Don Emillo Peyrellade publicó de 1848 a 1850, por diciembre de cada año, un volumen titulado *El Aguinaldo Camagüeyano*, en el que se dió a conocer como escritor profundo y conceptuoso y desde cuya época se inició su popularidad, sin ser conocido por su pseudónimo: *El Solitario*. Por sus ideas separatistas fué tildado por las autoridades coloniales como elemento hostil al gobierno, que sabía como el poeta formaba parte de la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*, establecida en dicha ciudad desde 1849, para fomentar la revolución. *El Solitario* era de los miembros más activos de esta asociación patriótica y secreta, y por ello el 3 de mayo de 1851 fué uno de los príncipes que el Mariscal Lemery, Comandante General del Departamento del Centro, mandó detener como acusado de conspiración para el próximo alzamiento armado. Pero *El Solitario* tuvo oportunidad de escapar y se mantuvo oculto en varias fincas, hasta que se unió con Joaquín de Agüero, cuando ya éste estaba pronunciado contra el gobierno. Como el pronunciamiento había sido señalado para el 4 de julio de aquel año, el patriota Ramón de Palma redactó en la Habana un manifiesto público, que circuló profusamente, firmado por Joaquín de Agüero y Agüero, Francisco de Agüero y Estrada, *El Solitario* y Ubaldo de Arteaga y Píña, dirigido a los habitantes de la Isla de Cuba, en cuyo documento los tres citados patriotas, designados como jefes del movimiento armado de Camagüey, proclamaban la independencia de esta Anti-

hombres influyentes de Puerto Príncipe; pero se reorganizaron varias veces para secundar el movimiento del General Narciso López, a quien esperábamos por momentos, y fueron disueltas y acabadas definitivamente después de su derrota en la expedición de Las Pozas y la muerte del ilustre caudillo.

En vista de las referidas causas, Don Joaquín no recibió refuerzo alguno, ni en aquellas críticas circunstancias era practicable marchar por aquella dirección, sin correr el peligro más inminente de caer en poder del enemigo, porque el gobierno no se había descuidado en interceptar todos los caminos, enviando tropas para cortar las comunicaciones entre Puerto Príncipe y la parte oriental de la Isla.

A los cinco días de hallarse estacionado en San Carlos, es decir, el 13, como de cuatro a cinco de la tarde fué asaltado por

lla. Y es prueba elocuente de las actividades revolucionarias de *El Solitario* y de su prestigio y ascendencia entre los conjurados, que lo eligiesen segundo jefe de aquella tentativa de Fuerza. Organizada la partida de Joaquín de Agüero para entrar en campaña. *El Solitario* concurrió al asalto de Tunas de Bayamo, hoy Victoria de las Tunas, en 8 de julio de 1851 y el 13 del mismo mes tomó parte en el combate de San Carlos, separándose del grueso de la partida cuando ésta emprendió la retirada y permaneciendo varios días extraviado por el monte, hasta que pudo orientarse y pasar a la zona de Nuevitas, donde estuvo oculto hasta el 31 de octubre siguiente, en que pudo pasar a los Estados Unidos, con unos treinta fugitivos más, todos camagüeyanos, comprometidos en el movimiento fracasado. (0) *El Solitario* llegó a Nueva York y se estable-

(0) Resulta difícil compaginar lo que dice el biógrafo de *El Solitario*, Jorge Juárez Cano, sobre que éste concurrió al ataque de Las Tunas y que luchó en el combate de San Carlos, con la reseña que hace el propio *Solitario*, de los sucesos, en cuya acción no se nombra; en tanto que manifiesta haber sido designado jefe de una partida distinta de la de Joaquín de Agüero, y que por tanto habría de permanecer desligado de ésta. Acaso pormenores desconocidos podrían arrojar luz sobre el particular. Quizá, aunque *El Solitario* fuese jefe de la tal partida, pudo concurrir fortuitamente en ambas acciones mencionadas; pero es raro que Joaquín de Agüero no lo aluda, como hace con todos sus otros compañeros de armas en las distintas veces que habla de los sucesos; aunque tampoco es raro que *El Solitario* silencie su participación en los mismos, ya que su modestia, de todos tan conocida, pudo impedirselo. Y hago esta aclaración para eludir la responsabilidad de una incongruencia tan notada entre la biografía de Joaquín de Agüero por *El Solitario* y la biografía de *El Solitario* por Jorge Juárez Cano.

una fuerza de unos 100 hombres según algunos; de mayor número según otros, del regimiento de Isabel II, y 17 hombres de caballería. Tan inesperado fué para aquellos valientes la llegada de éstos, que a duras penas pudieron escapar, al abrigo de los bosques, unos quince hombres, quedando los diez restantes rodeados por las tropas que tenían circunvalado el campo. Fueron heridos a la primera descarga y puestos fuera de combate, Don Francisco Torres, y Don Mariano Benavides. Don Ubaldo Arteaga, siempre esforzado y valiente, aunque con un balazo en la cabeza, siguió combatiendo. Viendo, pues, Don Joaquín, que sólo quedaban 8 de los suyos en estado de luchar y que tenían cortada la retirada, se dirigió a ellos diciéndoles: "Señores, estamos perdidos para la

ció en dicha urbe, donde al mismo tiempo que perfeccionaba el conocimiento del inglés, daba clases de español y francés para librar la subsistencia. Luego colaboró en periódicos de la Emigración cubana, en la que organizó una sociedad benéfica entre los más pudientes, para ayudar a sus paisanos necesitados. Allí se enteró de que la *Comisión Militar Ejecutiva del Departamento del Centro*, en 15 de julio del mismo año lo condenó a la pena de muerte en garrote vil, que le fué conmutada más tarde por la de diez años de presidio, con la accesoría de confiscación de bienes, cuya sentencia se ejecutó en cuanto al remate de sus propiedades, quedando su familia en la miseria. En Nueva York fundó el periódico *El Pueblo*, que tuvo poca vida porque no contó con la cooperación monetaria de los cubanos ricos, y publicó un folleto sobre el movimiento armado de Joaquín de Agüero (00). Su salud resentida por los sufrimientos, adversidades y la mala situación económica, que hacía su vida desesperada, le obligaron a marchar a Nicaragua en 1856, donde sus trabajos literarios, su laboriosidad y su pasado revolucionario, llamaron la atención del presidente Walker, que le confió la dirección del diario *El Nicaragüense*, fundado por el gobierno y su órgano oficial, y más tarde le nombró Prefecto de la capital de la República, cargo que desempeñó poco tiempo porque una revolución cambió el régimen del país. Con motivo del fallecimiento de su esposa, su prima Ana María de Agüero y Varona ocurrida el 10 de septiembre de 1856, en Camagüey, quiso volver a Cuba donde estaban abandonados sus diez hijos, y por conducto del Cónsul General de España en Nueva York, solicitó y obtuvo del Capitán General de la Isla permiso para regresar a su ciudad natal a donde llegó a principios de 1857 y se dedicó al profesorado fundando un plantel de enseñanza, en el que recibieron educación muchos jóvenes

(00) Breve reseña sobre los hechos más notables de la vida de Don Joaquín Agüero y Agüero hasta su muerte acaecida el 12 de agosto de 1851. Por Don Francisco de Agüero y Estrada. Nueva York, 1853.

Patria, mas no para la gloria; determinémonos a morir con honor, antes que entregarnos. ¡Ya que no podemos vencer, vendamos caras nuestras vidas!"

En tan tremendo conflicto Don Joaquín, cual otro Leónidas, con sus valientes espartanos, se colocó al amparo de unos matorrales que estaban en las inmediaciones de la casa y desde allí empezó a hacer fuego.

Don Joaquín tomó sus disposiciones, previendo que arrojaran los sombreros para no ser por ellos descubiertos; que no disparasen, sin ver antes bien a quien tiraban, y que no lo hiciesen todos a la vez para que hubiera siempre algún arma de fuego lista.

Momentos hubo de gran conflicto, en verdad, momentos en que los patriotas se vieron completamente rodeados, siendo preciso todo el ánimo del jefe, que en medio del más vivo y continuo fuego permaneció impávido tomando sus medidas sin cuidarse de las balas que silbaban a su alrededor, haciendo morder la tierra a los más osados que se acercaban.

que luego fueron hombres notables sirviéndole a la sociedad y a la patria. Ese mismo año la *Sociedad Filarmónica* de Puerto Príncipe concedió a *El Solitario* el título de Socio Facultativo de la Sección de Literatura que fundó dicho centro social y cultural y pocos días después lo nombró Director de la misma, leyendo en el acto de la apertura magnífico discurso que se conserva como uno de sus mejores trabajos literarios. Dicho acto fué presidido por el Brigadier Don Rafael Primo de Ribera que era Teniente Gobernador de la Plaza y la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, de paso en su tierra natal. Su labor al frente de la referida Sección fué en extremo interesante. A esta aula asistía la juventud camagüeyana entera ávida de ilustración y cultura y muchas de las lecciones y conferencias pronunciadas allí por *El Solitario* eran reproducidas por la prensa cubana. La revolución de 1868 cerró las puertas de *La Filarmónica*, ya que la mayoría de sus asociados fueron a integrarse en ella, y *El Solitario* volvió a su vida de sufrimientos y necesidades no satisfechas. En 1871 sintió los amagos de una parálisis que pronto lo convirtió en un inválido, y así estuvo enfermo e inmóvil, rodeado del cariño de sus hijos hasta que la muerte vino a poner término a una existencia tan agitada. Tan pronto como la triste noticia del fallecimiento circuló por la ciudad, el pueblo en masa acudió a la casa mortuoria y durante el trayecto del sepelio su cadáver fué conducido en hombros de sus hijos, de sus amigos y compañeros de campaña separatista, y al pasar la fúnebre comitiva delante de la sociedad *El Liceo*,

Es altamente heroico y digno, por tanto, de referirse, que cuando cayó el valiente Perdomo, herido de un balazo, en el mismo momento de cargar el arma, Don Joaquín tomándole inmediatamente de la mano muerta de su amigo, exclamó: "¡No se quedará cargada tu arma, bravo compañero!, y diciendo esto la disparó al enemigo.

Mientras el valor sea una de las virtudes más recomendables del ciudadano; mientras los hombres sepan apreciar el heroísmo que tiene por objeto la libertad de la Patria y la defensa de los sagrados derechos del hombre; mientras haya un sólo corazón que palpita a los sagrados nombres de patria y libertad, siempre será justamente admirado este combate de uno contra diez, que sostuvieron en San Carlos, los heroicos jóvenes de Puerto Príncipe contra las fuerzas disciplinadas del gobierno.

Dos veces tocó el corneta el son de ataque y dos veces se detuvo el aterrado español, sin atreverse a acometer el sitio donde un puñado de valientes, bajo una lluvia de balas gritaba: ¡Viva la Patria! ¡Viva la Libertad! Y unas fuerzas diez veces mayores respetaron siempre el sagrado asilo donde se defendían con el más bizarro empuje estos mártires gloriosos de Cuba, estos hijos primogénitos de la libertad. ¡Gloria siempre a sus nombres venerados, para orgullo de Cuba y ejemplo de las presentes y futuras generaciones!

digna sucesora de *La Filarmónica*, se detuvo breves momentos, mientras que una comisión colocó sobre el féretro una corona y los asociados, que estaban formados en la acera se unieron al pueblo que acompañaba los despojos del poeta hasta su tumba. Jorge Juárez Cano. Diccionario Biográfico Cubano. Concurso de la Academia de la Historia, 1931. (Desde la A hasta la E.) (000)

(000) El autor de este trabajo, por delicadeza personal, no escribe la biografía de *El Solitario* y la copia de Jorge Juárez Cano, del libro antes citado.

(7) Las juiciosas observaciones de mi amigo *El Peregrino*, me han obligado a hablar de mí mismo, cuando sólo debería haberlo hecho en honor del ilustre caudillo a quien he dedicado este trabajo, para dar una ligera idea de los planes ligados con los hechos de Don Joaquín, que tanto deben de interesar a todo buen cubano. (Nota de *El Solitario*.)

"Allí", dice nuestro malogrado y esclarecido cuanto denodado Joaquín de Agüero, "a mi lado cayeron combatiendo Don Francisco Torres, Don Mariano Benavides, el intrépido Francisco Perdomo, el bravo Augusto Arango, el tierno y apasionado cantor de Elodia, (8) y un negro que se había acogido a mí... Yo debí morir entonces y ni un rasguño me cupo. El valiente y sufrido Ubaldo Arteaga, Adolfo Pierra y Agüero, y Miguel Benavides, escaparon conmigo."

No sabemos qué número de españoles perecieron en la jornada; pero según la noticia que comunicó un individuo de los vecinos campos, que visitó aquel sitio al otro día por la mañana, murieron unos 25, saliendo heridos de la refriega un número considerable, y aunque esto parece increíble, atendiendo al cortísimo número de los nuestros, debe tenerse en cuenta su denuedo y como, por ejemplo, Don Joaquín tenía un rifle y una pistola de seis balas con los cuales podía disponer de veinte tiros seguidos.

Como los sorprendidos y aterrados españoles no se acercaron jamás al lugar donde estaban refugiados nuestros valientes, al sobrevenir la noche, a favor de sus tinieblas, pudieron Don Joaquín y los pocos bravos que le quedaban, salir de aquel campo de gloria y desolación.

Después de aquel triste e inolvidable acontecimiento que dió al traste con todos sus planes, Don Joaquín ya no pudo ocuparse sino de su salvación, y a través de horribles pantanos, atravesando bosques y breñas intrincadas, abrumado de fatiga, destituido de todo humano socorro, y pasados tres días y tres noches, de marcha continua, llegó al Júcaro, donde el infame Norberto Primelles lo entregó a la saña de sus perseguidores.

## VIII

Allá fué asaltado y hecho prisionero con cinco de sus compañeros de armas el 22 de Julio al amanecer, y conducido inmediatamente a Puerto Príncipe, fué encerrado el 23 en el cuartel de Lanceros.

Día fué de general consternación para Puerto Príncipe a causa del trágico fin que aguardaba a seis de sus mejores hijos.

(8) Antonio María de Agüero y Estrada, hermano de *El Solitario*.

¡Tú los viste, oh pueblo infortunado! Tú los viste entrar a la luz del mediodía con las manos atadas, como la oveja que aguarda el sacrificio; tratados con vilipendio por la soldadesca vil que rodea a los bajacos de Cuba confundidos con los más odiosos malhechores, sólo porque quisieron afianzar su libertad conquistando los derechos que usurpa la tiranía... Entonces, ¡Ay! comprende el sentimiento lo que no acierta a expresar la pluma; entonces gemiste con la angustia de una madre que ve sucumbir al hijo, que en vano pide por él piedad al cielo, que al fin desfallece y se rinde de dolor porque ya nada le queda que esperar, porque ve que su desgracia es inevitable. En efecto, ¿qué podrías hacer tú en tan terrible desamparo? Hiciste lo que podías. ¡Lloraste amargamente en la tumba del hijo a quien no pudiste salvar!

Conociendo Don Joaquín que el término de su carrera se acercaba aceleradamente, ya no pensó en otra cosa que en vivir los pocos días que habían de preceder a su ejecución con toda la dignidad que corresponde a un héroe, y marchó con paso firme al templo de la inmortalidad. Es a Joaquín de Agüero a quien ha de consagrarse una de las primeras páginas de nuestra historia revolucionaria, al par que al gran Narciso López el primer monumento erigido en Cuba a la memoria de sus defensores.

Durante el consejo de guerra sumarísimo. Don Joaquín no flaqueó ni se desmintió jamás; tales eran sus declaraciones siempre iguales a sí mismas. (9) Consecuente con sus principios y sin desdecir jamás su noble y generoso carácter, Joaquín de Agüero

(9) Declaraciones de Don Joaquín de Agüero.

"Desde que tuve uso de razón he suspirado por la libertad de mi tierra y hace ocho años que constantemente trabajo con ese objeto; pero durante estos dos últimos no he tenido otra ocupación, ni he pensado en otra cosa que en llevar a cabo mi empresa. Creí y creo llegado el momento de consumir la revolución a mano fuerte: si se piensa que me he equivocado, ese es mi crimen!"

"Una vez en nuestro poder la guarnición de Las Tunas y el gobernador, mi ánimo era convocar al pueblo, para que si se hallaba dispuesto a ello, constituyese una Junta Municipal que se ocupase de organizarlo todo. La impericia o mala suerte del jefe de los 30 hombres que fueron a cercar el cuartel, hizo que se encontrasen con el jefe que custodiaba el bagaje y con los hombres que lo acompañaban y que equivocando las calles diera esto lugar a que ambos grupos se desconociesen, se hiciesen fuego mutuo y se dispersasen. Al tratar los 30 hombres de incorporarse al jefe, pasando por delante de la casa del gobernador, quien figurándose

y Agüero pasó por todos los trámites de su causa, sin disculparse con nadie, sin comprometer persona alguna, sin degradarse nunca en lo más leve.

Así se explica en una de sus cartas a su esposa: "Sostendré mi puesto, sé muy bien que la vida me va en ello; pero no me haré traición a mí mismo. Siempre he sido fiel a mis principios de honradez, nada recuerdo que pueda avergonzarme en esta materia. Y ahora, por la eventualidad imposible de salvar mi vida, esta vida que perderé tarde o temprano, que no es mía, sino de mi Patria, me contradiría, me infamaría para siempre? ¡No. Jamás! *Dulce et decorum est pro patria mori.*"

De otras de sus cartas entresacamos lo siguiente: "Cuando la mano del verdugo haga cesar las palpitations del mi corazón, conseguirá el gobierno de Cuba ahogar los gemidos del pueblo, contener sus nobles arrastres de desesperación y paralizar los movimientos de los corazones que latén valientemente en el pecho de mis hermanos? No le pido a éstos venganza, no; pero sí les suplico, les ruego, encarecidamente, que honren la memoria mía, de este pobre hombre que tuvo la desgracia de no llevar a cabo su pensamiento, quizá porque no era tiempo aún, o lo que creo más bien, porque le faltaron los medios. Que la honren digo, uniéndose todos, como un solo hombre, para conseguir a costa de toda clase de sacrificios, la libertad de nuestra patria."

"Ilustraos, hermanos míos, reformad vuestras costumbres, si queréis ser libres. Elegid con tino y reserva jefes que os guíen, que os respondan de las altas facultades con que debéis investirlos; obedecedles mientras se hallen al frente que vosotros, mientras llenen su deber, y de no, precipitadlos sin compasión ni escrúpulos del puesto en que hayan tenido el alto honor de ser colocados.

Después de conseguir la libertad, tened cuidado con los jefes militares o los ciudadanos, cualesquiera que ellos sean, que aspi-

que eran lanceros le dirigió la palabra, por uno del grupo le fué disparado un tiro del que milagrosamente escapó. Reunidos los restantes de dicha tropa en el *Ventorrillo*, a un cuarto de legua de las Tunas, acordaron seguir hacia el sitio *Manicarao* y de allí a *El Potosí de la Sabanita*, propiedad de Don Manuel y Don Facundo de Agüero. Aquella misma mañana se dispersó la legión libertadora y los que quedaron con armas fueron a refugiarse en San Carlos donde permanecimos tres días."

ren a conseguir altos puestos. Sólo este conato sea considerado como un delito de lesa República. El deseo de mando, la manía de empleos, los eximan de prestar servicios al Estado o los exonere de ciertos cargos, porque son síntomas de tiranía...”

Los hijos de Puerto Príncipe no omitieron diligencia alguna de cuantas pudiesen conducir a la salvación del ilustre caudillo de San Carlos y demás compañeros de infortunio. Dinero, mediaciones, empeños, tentativas de fuga y de todas clases, todo fué en vano, y en uno de aquellos arranques de pura y generosa abnegación que tanto honor hacen a la mujer, hasta las nobles matronas de Camagüey se presentaron a implorar la piedad del hipócrita Lemery, que tantas veces hizo concebir esperanzas para sus víctimas, como si él con sus proseripciones y execrables tiranías no causara bastantes males y quisiese añadir el sarcasmo y la befa a la crueldad del espectáculo con que pensaba saciar la sed de sangre de los esbirros de la patria desgraciada.

Cuando Don Joaquín supo que las señoras de Puerto Príncipe iban a implorar su perdón, se opuso, diciendo a sus amigos: “Ese paso, además de inútil, es humillante, y yo no quiero que por nada de este mundo se humillen las nobles matronas del Camagüey, que son gloria y orgullo de mi patria. Desengañaos, las lágrimas no pueden romper las cadenas. El hierro sólo rompe el hierro”.

Y luego: “Mi sentencia de muerte está irrevocablemente pronunciada. Yo no esperaba nada para mí, y así, días más, días menos, pronto quedaremos tranquilos; pero nunca creí que mis compañeros perecieran y sé que todos mueren, excepto Pierra y Castellanos. Ellos son unos valientes y sabrán morir con valor, pero ¡ay! yo sufro por ellos como sufrirían sus madres. Por mí, sabré acabar con valor. Os lo he prometido y no siento morir.”

Una vez en capilla, aunque algo conmovido, su conversación era bastante despejada y hasta chistosa, a veces; pero de cuando en cuando arrancaba copiosas lágrimas a sus visitantes con sus últimos pensamientos.

Algunos amigos le propusieron que tomase un tósigo. No déis a los españoles, le dijo uno, el placer que se prometen de presenciar vuestra muerte, no para admirar vuestra abnegación y heroísmo; sino para befaros y reírse de ella, mas él se excusó diciéndoles: “¡No! ¡Queremos morir como cristianos así como su-

pimos pelear como valientes! Quiero, además, acompañar a mis hermanos de armas, los creo animados y bien dispuestos; pero ansío estar a su lado hasta el último instante, pues trato de evitar que nuestros verdugos gocen en nuestra debilidad!”

Temeroso de que alguien creyese en la suya decía: “¡Al levantarse el estandarte de la libertad hice a mi Patria el sacrificio de mi vida y sabré cumplirlo como debo, podéis estar seguros. Así, no temáis que me falte el valor, porque mi ánimo, que no me abandonó jamás, sabrá sostenerme hasta el último momento.”

En la conversación de sus últimos instantes se entretajeron estas palabras: “No veis? Aquí, como en todas partes, la tiranía siempre es la misma... Prisiones y cadalsos para asegurar su dominio sobre el terror, la desolación y la muerte. Pero ¡ay! cuán necios y obstinados son los tiranos. Ellos olvidan que las nobles ideas, el pensamiento sublime de la libertad, no muere jamás, y tarde o temprano el pueblo de Cuba, si es débil o cobarde hoy, mañana, fuerte y valiente, sabrá combatir por ella y morir, como nosotros.”

“Acordaos de Jesucristo; su religión no hubiera tenido adeptos, a pesar de la verdad evangélica que encierra, si no hubiese tenido mártires. El progreso del cristianismo se debe más a la barbarie de los emperadores romanos que a sus virtudes mismas. Tal es el hombre y tal es mi presunción. No me quitéis esta esperauza y este orgullo, si así queréis llamarlo, porque mi sangre ha de ser como un riego fecundante que hará fructificar el árbol de la libertad.”

“Adiós—dijo a un amigo momentos antes de su muerte—ya no me verás más! La muerte puede tener sus horrores para mí, y hacerme temblar a su recuerdo, no por el espectáculo fúnebre que presenta; no por la paralización material de los órganos del cuerpo humano, cuyo fenómeno se llama vida; no por el temor de comparecer ante el Eterno; es sí, porque no volveré a estrechar dentro de poco la mano amiga que tengo entre las mías; porque no volveré a ver aquellos semblantes que sonreían a mis ojos; ni sentir palpitar al lado mío aquellos corazones que me aman. Por lo demás, ya he vivido demasiado para el mundo, aunque no lo bastante para mis amigos y para mi patria. Y por lo que respecta a Dios, El es demasiado bueno, grande y misericordioso y

me perdonará. Además, tengo un título recomendable a sus ojos, pues, a la manera de su divino hijo, por haber querido revelar la verdad al mundo, he sido como él perseguido, vendido, abandonado, herido, atado, encarcelado, y también como él, crucificado y muerto.”

Su resignación, según los sacerdotes que lo auxiliaron era edificante. “Yo creo que existe un Dios”, dijo a uno de ellos, “y no dudo de su misericordia, ni menos, que la sangre de su hijo, derramada por nuestra redención, lave mis culpas; por tanto, no creo necesario confesarlas. Además, un ser tan grande cual es Dios, no puede ser ofendido porque es imposible que puedan llevar hasta él nuestras ofensas”.

## IX

Osténtase un gran aparato militar; redóblase la vigilancia en registrar la comida por temor a un envenenamiento; una numerosísima afluencia de personas, la mayor parte mujeres y gente de pueblo, se acerca al Cuartel de Lanceros.

Llegó, al fin, el momento horrible que habría de cubrir de luto a Puerto Príncipe; momento destinado para consumir el sangriento drama que empezó a representarse el 3 de mayo, que se repitió en Las Tunas el 8 de Julio, que se continuó en San Carlos el 13 del mismo, y que vino a terminar el imborrable 12 de Agosto en Camagüey.

¡La tiranía descarga su mano de hierro para castigar a los pueblos por los crímenes de que sólo ella es culpable! El 3 de Mayo, debía producir naturalmente el 4, el 8 y el 13 de Julio...

A las seis y cuarto de la mañana de ese día de triste recordación, cuatro tiros, cuatro veces repetidos, anunciaron que habían dejado de existir cuatro de los más valientes hijos del Camagüey, y sesenta mil corazones identificados con los ilustres mártires, participaron de su angustia moral y el grito de horror y desolación que lanzara entonces la infortunada Cuba halló un eco de simpatía en el de todos los hombres y todos los pueblos libres del universo.

Era llegado el momento fatal destinado al sacrificio y dos compañías del regimiento de Cantabria y de la Habana acudieron según la orden del día anterior al sitio de la ejecución, con un

piquete de cuarenta caballos. A las seis y cuatro minutos de la mañana salieron del Cuartel de Lanceros los reos. Don Joaquín era el primero, llevando a su derecha al Presbítero Don José Manuel Ribera que lo auxiliaba, y a su padrino el alférez de caballería Don N. Bautista, que le daba el brazo. Su traje era sencillo como lo había usado siempre. Los otros tres marchaban, a lo que parecía, tranquilos y serenos, auxiliados por individuos del clero. Ninguna voz, ruido o acontecimiento turbó el orden durante la travesía al lugar de la ejecución.

“Nada debéis hablar”, le había dicho el ministro que lo auxiliaba en la prisión, “y lo mismo debéis pedir a vuestros compañeros. El pueblo os ama y vuestra voz hallando eco en sus corazones puede, tal vez, motivar algunas víctimas. Ya sólo pertenecéis a Dios. No os ocupéis del mundo.” “Sí, padre mío. La verdad, siempre como una luz divina, ha brotado de vuestros labios para guiar mi espíritu, desde ayer. Yo os prometo callar.”

Calló, pues, y se dispuso a esperar el golpe mortal sin pegar los labios. Mas, Don Fernando de Zayas, uno de los cuatro valientes, volviéndose al pueblo que presenciaba la ejecución, gritó: “¡Pueblo de Camagüey, muero por la libertad de Cuba!” y a la violenta detonación de los fusiles quedó sofocado el eco de tan heroicas palabras.

Tres gritos desgarradores revelaron un dolor vivo, inmenso, respondiendo también al estruendo de la fatal descarga. Eran del gran Zayas a quien habían herido solamente los tiros, sufriendo la más cruel agonía. Una nueva descarga hecha por el centinela que tenía inmediato, acabó de terminar el tremendo suplicio.

## X

Joaquín de Agüero y Agüero dejó de existir, pero vivirá eternamente en la memoria de sus compatriotas y en la de todos los hombres que sepan apreciar el valor cívico como una de las primeras virtudes del ciudadano, y sobre todo, admirar la abnegación sublime del que todo lo sacrificó en favor de la tierra que lo vio nacer.

El pueblo camagüeyano ama justamente en la memoria de Joaquín de Agüero y Agüero al primer héroe y mártir de nuestra revolución. El excitó de tal modo la simpatía, aún la de sus



más encarnizados enemigos, que uno de los jefes del ejército español dijo en honor suyo estas memorables palabras: "Señores, dos veces he llorado en mi vida; una el día en que murió mi padre y la otra, el día de la ejecución de Joaquín de Agüero y Agüero."

Estos son los sentimientos que naturalmente debía inspirar el hombre que pasando por tan terribles pruebas supo manifestar toda la grandeza, la elevación y la dignidad de que era capaz su alma privilegiada.

Digan lo que quieran la envidia y la maledicencia, Joaquín de Agüero y Agüero fué un héroe como Tell, Washington, Bolívar, Padilla, Riego... Otros fueron más dichosos, quizá porque se hallaron en mejores condiciones; mas, no por eso será él menos digno de contarse entre el número de los grandes hombres cuyas altas virtudes trasmittirá la historia a la más remota posteridad.

Cuba deberá siempre gloriarse de haber gozado entre sus hijos a tan esclarecido varón.

Traidor, le llamaron porque osó combatir la tiranía y proclamar los derechos de un pueblo infortunado. Traidor, lo llamaron porque supo ser libre con toda la abnegación y la rebeldía del heroísmo. Traidor, le llamaron porque sucumbió bajo los golpes del poder injusto que oprimía la infeliz Cuba. ¡Patria y Libertad, fueron su Norte! ¡Patria y Libertad honran su muerte! Así, pues, el suplicio con que se ha pretendido infamar su nombre no ha sido otra cosa que el último paso que lo condujo a la inmortalidad. (10 y 11).

(10) Los compañeros de Joaquín de Agüero, ejecutados con él, fueron: Miguel Benavides, Fernando de Zayas y Tomás Betancourt.

(11) Con la terrible ejecución del Presidente de la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe y sus tres fieles compañeros, se paralizaron las actividades separatistas y la Junta se disolvió. El sacrificio de estos hombres no fué en vano, porque sembraron la semilla de libertad que años más tarde dió sus preclados frutos.

En 1853 los camagüeyanos quisieron levantar un monumento a los hombres del 51, pero no pudieron llevarlo a cabo, dadas las circunstancias que concurrían en este caso, y muy principalmente la oposición de las autoridades, que de ningún modo lo permitieron, por lo que el alcalde Don José Miranda y Boza mandó plantar en la Plaza de Armas cuatro palmas que simbolizan las cuatro vidas de los mártires inmolados en la Sabana de Méndez el 12 de agosto de 1851." (Copia de un periódico local.)

## OBRAS DEL AUTOR

### PUBLICADAS

#### *Originales.*

#### Poesía.

Alma Errante.  
Como los pájaros.  
Vida.  
Los Nuevos Motivos.  
Exaltación.  
Negro.

#### Prosa.

Layka Froyka.  
Cuestiones Cubanas.  
Martí por sí mismo.  
Francisco Agüero y Estrada. Biografía de Joaquín de Agüero  
Anotada y publicada por Emilia Bernal.

#### *Traducidos.*

#### Poesía.

Los Sonetos. Anthero de Quental. (Portugués.)  
Poesías. Joaquim Folguera. (Catalán.)

*Poemes:* Antología de poemas de Emilia Bernal traducidos al catalán por: Lorenç River, Guillem Colom, Miquel Ferrá, Ventura Gassol, Josep Conangla, Guillem Díaz Plaja, Josep López Picó, Octavi Saltor y Alfons Maseras.

### EN PREPARACION

#### Prosa y verso.

Mallorca.

#### Prosa.

Sentido.

#### Novela.

Sin nombre aún.

#### Teatro.

La Dolorosa. Tema de Ventura Gassol. (Catalán.)